

MÚSICA DE TROVADOR

Cuenta la leyenda que el Caballero de la Media Luna llegó a Requena por el camino del norte. Sobre las espaldas llevaba un arpa que atraía los rayos del sol. Pero si hablaban de él no era sino porque se había sentado en la plaza del pueblo y estaba sacando música con las manos y recitaba muchos versos hermosos. También hablaba del vicio del vino y de que Alá no veía con buenos ojos el cultivo de tales plantas.

La Dama Sol, heredera mozárabe, acudió a la plaza tal y como era su costumbre desde que sabía que sus viñas peligraban. Se vestía con pantalones anchos, con camisas de los jornaleros y procuraba esconder hasta el último mechón de cabello bajo un pañuelo oscuro sobre el que se colocaba un sombrero de paja. Con las manos en el fondo de los bolsillos caminaba segura por lugares no permitidos a las damas decentes. Escuchaba con gran congoja lo que aquel trovador o aquel caballero (dudaba) estaba explicando con palabras sencillas para que hasta el último habitante de Requena lo entendiera bien.

La Dama Sol había aprendido el oficio desde niña. Había correteado por las cepas en las distintas estaciones del año, arrancando ahora algunas yemas para fortalecer las demás, ahuecando la tierra, matando las orugas. Pero sobre todo, había notado que desde que andaban escondiendo el jugo recién pisado de los ojos musulmanes, había mejorado mucho su sabor. Si hasta entonces se contentaban con llevar algo parecido al vinagre a los labios, ella pensaba que en vez de ser Alá el que se enfurecía al verlos beber ese jugo rojo, les premiaba con una calidad mejor.

La Dama Sol no confiaba en los hombres que araban sus tierras. Le parecían torpes en sus formas y demasiado temerosos de los caballeros del Rey que ordenaba todo lo contrario que ella quería. Les dispensó de sus quehaceres con gran gusto. Y libre de las miradas indiscretas, en vez de abandonar las cepas a un final seguro, las cuidaba noche tras noche bajo su disfraz masculino. La prudencia le obligó a proveerse de un refugio bajo tierra y estuvo cavando semanas hasta que la cueva tuvo suficiente espacio para colocar las tinajas y la comodidad para caminar erguida. Allí tenía oculta la cosecha del último año. No acertaba a saber si había sido la temperatura agradable y constante o la falta de luz, pero la adivinaba exquisita.

A la Dama Sol le gustaba trabajar las noches de luna y el Caballero de la Media Luna caminaba nostálgico por los campos de Requena debatiéndose con los mandatos de su Rey. Tenía la orden de utilizar la hoz o la guadaña para acabar con esa planta maldita. Dudaba entre obedecer ciegamente o mentir. La paloma mensajera debía partir por la mañana dando cuentas de las actuaciones. Sus pensamientos se vieron interrumpidos al escuchar unos pasos que se acercaban. El Caballero miró al muchacho cuidar con cariño aquellos troncos, le vio alimentar con estiércol las raíces. Iba a detenerlo cuándo desapareció bajo la tierra.

La Dama Sol, ajena a esa visita nocturna y agotada del esfuerzo, se soltó los cabellos, se descalzó y se colocó sobre las enaguas un vestido. Se acercó a una de las tinajas y vertió en una taza de barro un poco de vino. Así la vio por primera vez el Caballero de la Media Luna, que de tan sorprendido se desvaneció. Fue la Dama Luna la que le dio de beber hasta que sus mejillas volvieron a recuperar el color.

Cuenta la leyenda que a la mañana siguiente la paloma partió con un mensaje para el Rey en el que decía que después de haber visto con sus propios ojos los troncos retorcidos de medio palmo de altura, era imposible que de allí se pudiera recolectar cosecha alguna.

También cuenta la leyenda que a partir de aquel día, de las manos del Caballero de la Media Luna salía música proclamando alabanzas a ese manjar de vino. Sin duda, los dioses habían bendecido esas tierras y ni siquiera Alá debía contradecirlos.

Porque la leyenda de Requena que llega hasta nuestros días también recoge el amor de una dama vestida de caballero y un caballero vestido de trovador. Debió ser tan grande que los trovadores siguieron hablando de ellos y acuñándolo en las etiquetas de todas las bodegas de Requena para que nadie lo olvide.